

CAPITULO VII.

A la puerta del Convento.

Tres frailes carmelitas pasean por los claustros de su monasterio de Florencia, donde los ha reunido el deseo de darse algun solaz durante las horas de descanso. Uno de ellos, jóven y reluciente, aunque lleva traje de lana, huele á rosas y á diversas esencias como dama perfumada; otro, de edad madura, rebosa en satisfaccion, salud y alegría; y otro de edad más provechosa, y de traza más austera, parece el contraste vivo entre sus dos compañeros bien ajenos á la austeridad y á la disciplina monásticas. Llámase el más jóven Padre Alberto; el más viejo Padre Simon; el de mediana edad Padre Paolo; y los tres llevan el escapulario que la Virgen María en persona regaló á uno de sus bienaventurados llamado Stoch, y el manto blanco y la grande capucha pertenecientes al ritual de su hábito desde fines del siglo décimo tercio. Por aquellos lugares, á pesar del aspecto prosaico de alguno de los personajes, parecian los ropajes blancos entre las sombras claustales como estátuas funerarias que pausadamente hubieran descendido de sus sepulcros y se paseáran por los sagrados sitios.

—¿Hermano Simon?

Gritó el más jóven al más viejo.

Simon calló.

—¿Hermano Simon?

Tornó á decirle y tornó á callar el interrogado, no sin hacer un gesto expresivo de extrañeza. Al ver que le incomodaba, no añadió palabra el frailecito, y moderó su comozon por hablar. Mas pasaron algunos minutos, y el Padre Simon dijo:

—Ya es hora de hablar.

—Creía que ántes tambien lo era.

Le replicó Alberto.

—No, ciertamente, dijo el Padre Simon; todavía no estábamos en prima. Desde completas hasta prima, ningun carmelita puede hablar, si cumple rigurosamente su regla, por tantos abusos relajada; y eso que la beatitud de nuestro santísimo pontífice la ha dulcificado, porque en otro tiempo no podíamos hablar sino despues de tertia.

El Padre Paolo no se curaba mucho de estos perfiles ni más ni ménos que el jóven Alberto, pues ántes de la hora de prima, acercándose á la portería, irguiéndose á la puerta, gritaba con todos sus pulmones: «á las indulgencias frescas, á los escapularios milagrosos,» como si pregonara viles mercancías. Y en efecto, no se tomaba inútilmente tamaña pena, porque la multitud corria, sobre todo, muchos estropeados que acababan de recibir limosna en la próxima esquina, á cambiar los escapularios milagrosos por las monedillas que el fraile se embolsaba, sin duda para cumplir mejor aquel cánon de su órden, en el cual se les prohibia tener cosa alguna propia. Entre los más próximos pasó un eclesiástico secular, que llevaba en los brazos un cesto de coles y al rededor una trahilla de perros. Y Fra Paolo se dirigió á él para preguntarle cómo iba de aquella guisa y cómo llevaba aquellos vegetales y aquellos animales, á lo cual respondió hablando de la necesidad impuesta á todo sacerdote por la miseria de admitir canes á pupilo y revender berzas en el mercado. Aun no habia concluido Fra Paolo de reir á semejante ocurrencia, cuando ya le aturde los oidos infernal estruendo, semejante á un aquelarre, de instrumentos varios y de varias canciones y gritos y silbidos y carcajadas y jolgorio. Eran los ciegos florentinos que iban de aquí para allá en tropel como numerosa tribu de gitanos.

—¡Una limosna! ¡una limosna! ¡una limosna!

Gritaron todos á la par levantando los brazos hácia donde estaba Fra Paolo, en tales términos que lo rodeaban y lo oprimian hasta ponerlo en riesgo de ahogarse.

—Una limosna y cantaremos la *Intemerata* como en nuestras excursiones á Pisa.

Callaos, ya os daré limosna con un palo. Id y embaucad á otras gentes, no á mí. Bien me acuerdo de aquel cuitado que se decia ciego de nacimiento y gozaba vista más aguda que un lince y tenia los ojos tamaños como platos. Dejele andar á su arbitrio por el convento y me robó los higos de mi particular higuera. Pero no se salió con la suya sin que le castigara con tremendo castigo. Llevaba yo un Cristo en procesion y habiéndole atisbado, le di un cristazo. Vino otro día, creyendo que aquello era casual, á la sopa; y le quemé la cara con un cucharon chorreando caldo hirviente. Así

no creo ni en vuestra pobreza ni en vuestra ceguera. Id á otra parte donde no os conozcan y allí que os socorran, Barrabases.

Mientras Fra Paolo así regañaba á los ciegos por la penetracion y alcance de su vista, Fra Simon se dirigia á Fra Alberto y le hablaba de su nombre, que era nombre tambien del gran legislador de la órden italiana de Parma, obispo de verdadera virtud, santo de religiosa vocacion, patriarca de Jerusalem, miembro del último Concilio laterano celebrado hasta entonces, amigo de Inocencio III, espejo de todas las virtudes, gloria del mundo, hijo del cielo, penitente en la montaña del Carmelo, predicador en Asia y en Europa, mártir inmolado á la venganza de un feligrés vicioso, herido en el corazon y en la conciencia por sus apologias á la beatitud, como si ninguna corona debiera faltar en la bienaventuranza á sus sienas ni señal ninguna á su vida de la eleccion y de la preferencia de Dios.

Como se vé era un pedazo de sermón preparado para la próxima fiesta.

—Nuestro fundador, dijo Alberto, es aquel profeta Elías que llamó á los cuervos para que devoraran al tirano de Israel y á los ángeles exterminadores para que destruyeran los ídolos de Babilonia elevados en los altares de Jehová; aquel que un carro de fuego arrebató desde las cumbres del Carmelo á las cumbres del Empireo, de donde bajará nuevamente el día en que los cielos se arrollen como un pergamino al fuego y los mundos se deshagan en remolinos de polvo y á pavezas se reduzcan los soles, precursor del último juicio y representante de la divina justicia.

Inútil añadir que este fragmento era otro fragmento de sermón. Mientras así departian, en tono de púlpito, los dos frailes, el más jóven y el más viejo, el de mediana edad, Paolo, continuaba vendiendo escapularios á éste, regañando á aquel, respondiendo y preguntando á todos de fiestas, de regocijos, de cuentos, de cosas bien ajenas á su estatuto y bien propias para justificar su reputacion de entremetido, lenguaraz y chismoso. Bien es verdad que la gente se aglomeraba para pedirle, ya una bendicion, ya una reliquia, ya una palabra, ya un chiste, que muchas veces rayaba en burda groseria.

—Deme, decia uno, algun retazo de sayal de San Alberto.

—Vaya, socarron, le contestaba el fraile, no ha menester su merced tales espanta-diablos, que bastante tiene con las armas de su corporacion de mercaderes, águila de oro sobre fardo blanco en campo de gualda. Bien podia darme una pieza de paño del Garbo.

—Buenas tardes.

Le decia un viandante que pasaba por enfrente de la puerta del monasterio.

—Malas te las de Dios, boticario del Mercado Viejo. No te vayas corrido para que no sepa la gente como mataste á un guerrero de la vecindad,

más fuerte que Sanson en persona, con unas pildoras compuestas de diez y seis sustancias diversas, á cual más asesina.

—¿Qué cosas tiene Fra Paolo? respondió el boticario. Si no fuera porque todo el mundo le conoce en Florencia, habria para matarlo.

—¡Miren el desvergonzado! Yo tengo mi específico, aparte de los escapularios y de las reliquias, que son las primeras entre todas las medicinas del mundo. Yo tengo caldo de col para los febriles, emplasto de col para los quebrados, desayuno de col para los éticos, col siempre, col todos los días, col en todas partes, el cúralo—todo en este mundo. Yo con esta farmacopea sencillísima, soy el reverso de nuestros boticarios florentinos, los cuales en sus boticas tienen especias de Oriente, cabos de vela, jaropes para el pecho, ataúdes para los muertos, flores para las muchachas, y coloretos y mejurges para las viejas, de suerte que su mostrador parece el Arca de Noé, la torre de Babel, una triperia, un basurero. Y nos quitan la vida á nosotros, los pobres monjes, haciendo creer á los tontos en la superior eficacia de sus drogas y bebedizos sobre nuestras imágenes y nuestra agua bendita.

—Vamos, le dijo un ciego, ofendido de las anteriores injurias; vamos, que eso lo dice por pura envidia, pues la celda de Vuestra Paternidad parece por los tarros, botellas, vasos y frascos una botica ó una taberna.

—¿Cómo la has visto, si eres ciego?

—No la he visto; la he olido, sobre todo, he olido un vino de malvasia que se sube con su tufillo á la cabéza y le da á uno gana de bailar solo.

—¿Solo? dijo otro ciego. Solo no, acompañado de alguna penitente.

Y de este dicho se originaron grandes palmoteos, risotadas, comentarios diversos, público regocijo.

Por fin el Padre se cansó, despues de haber repartido todas sus reliquias, y se fué á pasear con sus hermanos, que continuaban rezando por el claustro.

—¿Qué lástima!

Decia Fra Simon al punto de llegar Fra Paolo.

—Era un prodigio.

Añadía el hermano Alberto,

—Lápiz más seguro y más firme no lo hay en esta Florencia de los pintores y de los tallistas.

—¿De quién hablais, hermanos?

—Hablamos de Filippo.

Respondió Alberto.

—¿Qué habrá sido de él, hermano Paolo?

Preguntó el hermano Simon.

—Nadie lo sabe.

Respondió Paolo.

—Cuando no lo sabe Vuestra Merced, de seguro lo ignora toda Florencia.

—Nos dejó, Alberto, dejó nuestra casa por compartir la vida de los patricios y de los ricos.

—Pero sus protectores han sido expulsados de Florencia en la última alternancia que proscribió gran parte de nuestros nobles y trajo los Médicis.

—¿Se habrá ido con ellos?

—No ciertamente, porque después de la expulsión, ha estado en el convento dominicano de San Márcos.

—¿Dónde habrá ido á parar el infeliz?

Preguntó con verdadera tristeza, Alberto. ¡Abandonarnos para esto!

—Nuestro joven hermano se queja, porque no le concluyó aquel maravilloso retrato suyo, en que aparecía con las sienes ceñidas de laurel, como un poeta antiguo y que tanto indignó al Prior, irritado de ver los símbolos paganos sobre las sienes de un esclavo de Cristo.

—Fué aquello un mero divertimento.

Dijo Alberto.

—Todo cuanto le pasaba por los ojos lo reproducía con el lápiz. En todas partes encontraba modelos que copiar, figuras que reproducir, cuadros que hacer.

—Y ya nos guardábamos bien de irle á la mano, porque tomaba de nosotros una venganza terrible, poniéndonos en ridículo por medio de figuras verdaderamente extrañas y grotescas.

—Era un portento.

Dijo Fra Alberto.

—No, un diablo.

Replicó Fra Paolo.

—Caridad para los ausentes.

Añadió Fra Simon.....

—Mas de una vez, dijo Paolo, he ido á la puerta de su celda en la llamada noche y la he rociado de agua bendita para ver si conseguía que los diablos se fueran, pues solo teniéndolos en el cuerpo, se puede comprender que gateara por las columnas de nuestro claustro hasta subirse al tejado, que descendiera en la oscura noche al seno de los panteones sin aterrarse de las tinieblas, ni estremecerse al frío de la muerte. Novicio tan diabólico no lo he visto jamás.

—Y si viniera de nuevo ¿qué haría el Prior?

Preguntó Fra Simon.

—Pues ¿qué había de hacer?

Añadió Fra Alberto con una de esas interrogaciones equivalentes á absolutas respuestas.

—Poco conocéis al Prior. Aun no ha podido consolarse de su ausencia. Era la alegría del convento.

—De modo que lo recibiría.

—Inmediatamente.

Dijo Fra Alberto.

—Pero con una condicion.

Añadió Fra Paolo.

—¿Con qué condicion?

Preguntaron ambos á una Simon y Alberto.

—Con la condicion de que profesara al dia siguiente.

—¿Qué locura! ¡Dios nos libre! Solamente la demencia puede poner este hábito de los muertos, este sudario de las tumbas sobre aquel cuerpo tan vivo y tan despierto.

—Pues se caerá en esa demencia, porque en el convento lo quieren todos.

Dijo Fra Paolo.

—Así están las órdenes religiosas.

—Exclamó Fra Simon levantando los ojos al cielo.

—Guárdese de la crítica como del mayor pecado mortal, dijo Fra Paolo, acuérdesese por Dios de nuestro buen hermano el padre carmelita, fundador de la orden de rigurosos observantes en Mantua. Su palabra tenia tal virtud, que congregaba á las gentes en torno suyo, y por oírle, se dejaban sus viviendas, discurrían con él por los mas extraviados caminos, acampaban en los despoblados y dormían al raso. Una vez fué caballero en burro de Mantua á Lion. Y el pobre burro llegó pelado, como cuando era feto en el vientre de su madre, porque los devotos le quitaban el pelo y las cerdas para hacer reliquias con que curar á los enfermos y redimir á los endemoniados. Mas se metió el buen fraile á criticar las costumbres de la corte pontificia y lo quemaron vivo.

La noche descendía sobre el convento y sus campanas tocaban á la oración. Salía la luna llena magestuosamente por el cielo y entonaba con sus plateados rayos las líneas de las grandes ventanas, las columnas de los dilatados claustros, las ramas de los árboles. Su luz blanquecina se aumentaba de misteriosa manera en las aguas de la fuente, ya plateando los hilos de un surtidor, ya repitiendo la blanca faz del astro de la noche en sus brillantísimos cristales. Un aroma embriagador se levantaba de las flores humildes del invierno, como la pudorosa violeta, y se confundía con los aromas del incienso. Ya iban los frailes á recogerse en sus celdas, cuando suena con estrépito la campana de la portería del convento; y todos retroceden y coñren á ver si aquel inesperado sonido tan á deshora indica ó uno de aquellos incendios ó una de aquellas horrosas alternaciones populares tan frecuentes en Florencia.

—¿Qué habrá sucedido?

Un joven, pálido, demacrado, con los ojos febriles, las manos crispadas,

los lábios lívidos, las rodillas temblorosas, la palabra balbuciente, se coge á la campana con la desesperacion del náufrago que se agarra á la roca ó á la tabla, y despues de haberla sonado, y despues de haber escuchado sus sonidos, cae en el suelo, como si un rayo lo hubiera derribado, mas pálido, mas frio, mas rígido que la muerte.

Inclinándose sobre él un hermano grita.

—Filippo Lippi!

—Filippo!

Exclama la comunidad entre gozosa y absorta.

—¿Que hacemos?

Pregunta Fra Alberto al Prior.

—¡Infeliz! Viene entre nosotros, cuando le falta hasta la vida, y cuando acaso la perdió y se ha dejado en manos del mundo la salud del alma. Llevadlo á su celda de novicio, vestidle su hábito: que ya proveeremos. Dios mio, hemos de ser como nos enseña la divina palabra, como el padre cariñoso que recibe al Hijo Prodigio y descarrado en su casa.

—Guardese de la critica como del mayor pecado mortal, dice el padre carmelita, que se acuerda por Dios de nuestro buen hermano el padre carmelita, fundador de la orden de religiosos observantes en Mantua. Su palabra tenia tal virtud que convertia á las gentes en toros salvos, y por oírle se daban sus vivencias, discarrian con él por los mas extraviados caminos acompañaban en los desahogados y dormían al raso. Una vez fue capellán en burgo de Mantua a Lion. Y el pobre burgo llegó pelado como cuando era feto en el vientre de su madre, porque los devotos le quitaban el pelo y las cejas para hacer reliquias con que curar á los enfermos y reducir á los endemoniados. Mas se metió el buen fraile á criticar las costumbres de la corte pontificia y lo quemaron vivo.

La noche descendia sobre el convento y sus campanas tocaban á la oracion. Salia la luna llena mansuetamente por el cielo y entonaba con sus plateados rayos las líneas de las grandes ventanas, las columnas de los laterales claros, las torres de los arboles. Su luz plañucina se sumergia en misteriosa mancha en las aguas de la fuente, ya oliscando los hilos de un arroyo, ya reptando la blanca fax del astro de la noche en sus piramides cristales. Un aroma embriagador se levantaba de las flores inundadas del invierno, como la purpura violeta, y se confundía con las notas mas del incenso. Y a iban los frailes á recogerse en sus celdas, cuando suena con estrépito la campana de la portera del convento, y todos retroceden y corren á ver si aquel inesperado sonido trae á deshora indicio ó uno de aquellos incendios ó uno de aquellas horribles alteraciones populares tan frecuentes en Florencia.

—¿Que habrá sucedido? —Pregunta el Prior. Aun no ha pasado un momento de su ausencia. Un joven, pálido, demacrado, con los ojos febriles, las manos crispadas

...Conceder muy condescendiente, como del mundo, no se inclinaba en el castro con la fuerza y el espanto, con que la chara en este punto, sino con la dulzura, con la humildad, con las lágrimas en los ojos, como una pobre mujer que ruega tenida, y no como un herido que se disputa con energía su ser á la muerte.

—Parece más que un remedio. —Preguntaba el Prior. —No hay remedio. Ni las estancias ordenanzas á que estoy sujeto, ni la voz de mi conciencia tocan de ninguna suerte un no. Cierdo mas largo. O el diablo del mundo, Saliste del convento y Dios te devuelva á su seno. Igualmente hay una temida que permanece en el hasta la muerte.

CAPITULO VIII.

En los horrores del naufragio.

A los pocos dias de la escena anteriormente referida, se encontraba Filippo, vestido ya de novicio carmelita, en la celda del Prior de su monasterio. El reposo, el sueño, el alimento, habian devuelto la calma, la serenidad á sus facciones, todas ellas grandes, pero tambien armoniosas y correctas. Los anchos paños del hábito, envolviéndole con verdadera majestad, aumentaban su estatura y la prestancia de su porte. Aun no vestia el manto ó capa de su orden, porque no era profeso; pero el sayal bastaba á realzar su varonil figura. Plegadas las manos, caidos los brazos, el cuello doblado, los ojos en el suelo fijos, los lábios contraidos por amarga sonrisa, la barba hundida en el pecho, la cabeza inclanada sobre el hombro izquierdo, parecia una efigie del dolor, cuando siempre pareciera imagen de la alegría y de la fuerza. No le faltaba razon para semejante estado de ánimo, cuando la vida entera se oscurecia en torno suyo, y se asemejaba enteramente á la muerte. La sangre le hervia en las venas, los sentimientos mas exaltados en el corazon, las ideas del siglo con toda su exhuberancia en la mente, el amor al mundo y á la mujer en sus descos, y le separaba su estrella de estos objetos de su actividad, encerrándolo vivo bajo las losas frias de aquella tumba llamada monasterio del Cármen. Así no podemos extrañarnos de que, al pasar de un punto á otro y de un tiempo á otro en la vida, forcejeara por quedarse allí donde le arrastraban sus inclinaciones y huir al abismo de tineblas, donde en vida le aguardaban los gusanos producidos por el sepulcro para devorarle así el cuerpo robustísimo, como la energética y tempestuosa alma, tan llena de grandes inspiraciones y de lu-